

profesan: la socialdemocracia. Una mayoría incapaz de articular ninguna moralidad. Una mayoría absolutamente desmoralizada.

Pero del mismo modo, nadie puede tampoco negar que ignorar la realidad, hacer como si no existiese, fingir constantemente que actúan las cosas que no existen, no evita ni mínimamente el efecto de las que sí lo hacen. Y por lo tanto, con absoluta indiferencia hacia quienes quieran llamar a lo que van a terminar viviendo como la ira de Dios o sencillamente la consecuencia de todo acto fallido por su inadecuación a las leyes eternas de la Naturaleza, el asunto es que es inevitable. Nada puede evitar ya el horror que supone el enfrentamiento con su fracaso de quienes a causa de su idiocia se han obstinado en él, o el de los inocentes que sufrirán igualmente las consecuencias a causa de su inacción y su quietismo.

Yo siempre lo he visto. Y por eso no he votado nunca bajo el fraude del consenso de la oligarquía. No tengo ningún miedo. Estoy en paz.

Bozales y oposición estólida

De cómo a través de la verdad de los efectos, también se llega a una mentira acerca de las causas

Por **Atanasio Noriega** - 7 de octubre de 2020

La quiebra del régimen de partidos estatales, disuelto en la incapacidad funcional de mantener su propio desarrollo, se encuentra en la situación temporal de no tener una oposición política civil que propicie su definitiva ruptura.

El miedo padecido por el establecimiento, manifestado mediante la fabricación de un estado de alarma permanente, que se proyecta a la población civil mediante propaganda, ha provocado un miedo pánico, una histeria de carácter colectivo, que paraliza a la opinión pública, incapaz, por la falta de costumbre, de desenvolverse sin el dictado de la opinión publicada.

En esta circunstancia, el tabú que supone la libertad política y la democracia formal, ambas ausentes en toda la historia de España, llega a provocar las más rocambolescas manifestaciones públicas, las más delirantes charlas de charlatanes y los más prodigiosos malabarismos retóricos, para culpar de todo lo que sucede a cualquier cosa, menos a la que existe de forma evidente ante los ojos de todos: la ausencia de control al poder estatal debido a la carencia de una Constitución y la inexistencia por tanto de garantías en los derechos civiles.

Proliferan toda clase de movimientos civiles "por la verdad" (mala traducción del anglosajón, resultante de complejos, de "para la verdad" o "a favor de la verdad") que, aunque sintomáticamente

evidencian la presencia pública constante de la mentira, ninguno de ellos apunta hacia la cuestión nuclear y esencial. Y esto se debe al miedo atávico que se tiene a la libertad fundamental, a la única fundadora de una Constitución. La que no hay o ha habido en España.

El vivo debate provocado en torno a mil y una cosas, abunda en los efectos de la mentira fundacional y esquivo con una temerosa habilidad, abordar la causa que favorece la proliferación de indignados. Y para no hablar de la libertad constituyente, de la insurrección civil, de la resistencia civil y de la desobediencia legítima a la tiranía, se recurre a los fantasmas políticos, a lo esotérico, a lo exógeno y a un mundialismo fraternal, propio de mentalidades catetas y que buscan la identidad en su propia disolución.

Podría parecer paradójico que ese globalismo mental lo causen precisamente quienes dicen combatirlo, actuando mediante una suerte de moderno trotskismo que busca arreglar primero los problemas del mundo, antes de contemplar siquiera la idea de la libertad política en España. Un mundialismo paleta de quienes creen ser "ciudadanos del mundo", y por eso conciben una absurda dialéctica en torno al término imaginario de "pandemia": una patología que afectaría a la totalidad de un "demos" (pueblo) global. Y esta es, en definitiva, la manifestación estólida de una pequeña parte de la sociedad, incapaz de observar la debilidad política de quien tiene al frente de ella, la actual debilidad política de la oligarquía de partidos que se reparten el Estado, para mantenerse en el poder.

Destruir el tabú, afirmar sólidamente la necesidad de la libertad constituyente, de la causa de la degeneración política en la ausencia de la democracia, debería ser la prioridad de todas las acciones civiles y el motivo de todas sus asociaciones.

Puede usted fotocopiar, escanear, imprimir, distribuir, y difundir este Cuaderno para la Libertad Constituyente, siempre y cuando lo haga sin ánimo de lucro. Si además dispone de acceso a internet y desea ponerse en contacto con nosotros, o desea saber cómo colaborar con CLC, puede hacerlo a través de nuestra página web y nuestro correo electrónico:

<https://clc.diarioerc.com>
clc@falgm.com

CUADERNO para la LIBERTAD VERDAD LIBERTAD CONSTITUYENTE

Número 16 - Septiembre 2022

La libertad de uno es fundada por la libertad de todos

www.diarioerc.com

CLC ES UNA INICIATIVA DEL MOVIMIENTO DE CIUDADANOS HACIA LA REPÚBLICA CONSTITUCIONAL. FUNDADO POR D. ANTONIO GARCÍA-TREVILJANO FORTE

La moral de los pueblos

Reflexiones acerca del enigma de la servidumbre voluntaria

Por **Carlos Fernández López** - 19 de marzo de 2021

La aparente distopía en que ha degenerado la situación política y sanitaria de la España actual requiere, para la comprensión de su causa, enfrentar uno de los problemas filosóficos y religiosos más antiguos de la humanidad: el dilema eterno entre el mýthos y el lógos. Y su imbricación con la moral de las naciones.

La nación, su forma consuetudinaria de vivir como pueblo, es determinada por el secular devenir de la acción conjunta de las personas que la componen. Convivir, compartir conocimientos, creencias, conductas, lenguas, configura la idiosincrasia de los pueblos. La historia de una comunidad define su cultura, la máxima expresión espiritual del ser colectivo es su moral.

La bella polisemia hacia la que ha evolucionado con el uso esta palabra, cuyo origen etimológico significa manera de vivir, desvela la importancia que tiene para las personas el sentimiento de pertenencia a su tribu. La moral es un atributo exclusivo de la especie humana, porque su conciencia le capacita para obrar ateniéndose a los conceptos de bien y mal. Su ser, consciente de su propia naturaleza, tiene la capacidad volitiva de dominar su instinto, de no actuar animado exclusivamente por los sentidos, sino también por la facultad de su espíritu. Junto a estas consideraciones, que estudia la rama de la Filosofía llamada Ética, moral también significa, hoy en día, estado del ánimo, individual o colectivo, confianza, es decir, fuerza del alma. Tener moral, es tanto saber lo que es bueno, como poseer la fuerza para hacerlo realidad. Hoy España está desmoralizada, en los dos sentidos.

La confusión reinante con respecto a la definición de país, Nación y Estado, dificulta enormemente el estudio de las atribuciones que les corresponden. Si el país es el pequeño territorio, la Nación el hecho histórico y el Estado la personificación jurídica de ésta, la Administración, ¿cómo dudar de que funciones les competen? En el Estado está el Gobierno, y ejercerá de forma acorde a como a él llegó. El hecho nacional es consecuencia de la historia y de sus mitos fundacionales, la herencia de los antepasados y la convivencia

en el tiempo, esto es, su cultura. Cuando el Estado se inmiscuye, contra natura, en la atribución de las funciones correspondientes a la nación: mitos, religiones, educación, leyes, fiestas, arte, ... nace el monstruo. Regímenes dictatoriales del pasado siglo ya fenecidos padecían esta aberración. Perduran otros estatismos, bien totalitarios, bien en forma de oligarquías en un Estado de partidos políticos, que nunca dejan de ser facciones en él.

Como poderes enfrentados que son, su lucha es eterna. Si no se civiliza, estableciendo su original separación por una constitución que garantice la libertad fundadora, que defina su acción y sus límites, el predominio estatal siempre conllevará privilegio y vasallaje. Las dos formas donde la potencia estatal carente de control ha subyugado a nuestra Nación, en los dos últimos regímenes de poder, son diferentes en cuanto a su origen, y por tanto, también lo son en cuanto a la forma de mantenerse. La dictadura se sostuvo por la fuerza. El Régimen de oligarquía de 1978 se sustenta en el engaño. Y es llegado a este punto donde querría reflexionar acerca de los mitos actuales, en toda la extensión del término.

Un mito es un relato fantástico asentado en la tradición de los pueblos. No pretende establecer una verdad racional, su función es la cohesión de los individuos que comparten una creencia que toman por verdadera. La contestación a las preguntas existenciales que preocupan al Hombre, el nacimiento de una religión o un cuento legendario de la fundación de una nación, son un hecho cultural, natural en todos los pueblos. Si, otra vez, el Estado se erige en creador artificial de mitos, la libertad queda impedida.

Los muñidores del mito fundacional del Régimen de 1978, incrustados en el Estado, no crean un relato cultural, inventan una gran mentira: "la Transición es el paso de la dictadura a la democracia". Para perpetuar el engaño y conseguir que perdure el poder omnímodo de gobernantes y cabilderos, se necesita una constante renovación de las falacias y una ininterrumpida colaboración de una parte significativa de la población entregada a la servidumbre voluntaria. Esto ha de realizarse a costa de la integridad nacional. La destrucción de su cultura es el arma más eficaz para conseguir la sumisión de un pueblo. Y esa es la razón de que se afanen en atacar toda expresión de la misma: lengua,

religión, arte, educación, enseñanza, tradición... Si además consiguen que las personas, en lugar de reunirse para afrontar el problema esencial, la falta de libertad, estén entretenidas peleándose por asuntos que carecen de importancia real, el plan es perfecto.

En la España actual, otro mito al que se aferra el pueblo, insistentemente predicado por los medios de propaganda del Régimen, es el de la ciencia. Pero la ciencia, que es una forma de conocimiento basada en la observación y análisis de los hechos, tratando de establecer las causas que los producen, y mediante la lógica predecir las consecuencias de los mismos, nada tiene que ver con el mito cientificista sobre el que se asienta el poder de nuestros gobiernos.

La privación de derechos a la que está sometida la nación española desde hace más de un año, estriba su fuerza en ese mito estatal. Es aceptado como un dogma, como una verdad revelada para la doctrinal adhesión de los súbditos, que se aferran al fierro ardiente de su esclavitud como si fuese la tabla de su salvación.

La ciencia es lo contrario al dogma. El científico discute, el tirano, o quien le apoya, sea por interés, miedo o ignorancia, se afirma en el mito. Desmontar las falacias gubernamentales con respecto a la naturaleza del Régimen, la perversión del sistema electoral o las medidas privativas de derechos que nada tienen que ver con la medicina preventiva, es fácil con el método científico. Pero no es eficaz, les basta con negar la luz al sol y recibir el apoyo multitudinario de un pueblo habituado a la pesadilla de querer servir al amo que considera menos malo.

Pienso que no pueden ser la falta de inteligencia y la ignorancia, los motivos de que tantos españoles se sometan a las arbitrariedades de los gobernantes, al tiempo que una parte colabora además en su implementación, señalando, despreciando, y denunciando a los escasos rebeldes. Mucho más compleja tiene que ser la causa, basta observar su número, son tantos que tiene que haber personas de toda clase y condición.

Sólo una comprensión profunda de la naturaleza humana podría hallar contestación a tan difícil enigma. El uso de la inteligencia no es la única forma de conocimiento que tiene el hombre, y quizá ni siquiera sea la más importante. ¿No es acaso, la parte sentimental, de igual o mayor relevancia a la hora de tomar decisiones trascendentales en nuestras vidas?, ¿y la cultura?, ¿y las creencias?, ¿y la pasión?, ¿y el temperamento, que es innato, o el carácter forjado por las experiencias personales?, ¿y el anhelo atávico de pertenencia a una comunidad?, ¿y el miedo?

Puestos a analizar sería más efectivo reflexionar sobre los disidentes, y tratar de discernir las características que los

distinguen. Tras muchos meses de estudio y reflexión, me parecía imposible comprender la razón o emoción que conduce a un pueblo a someterse a la tiranía. Creo haberla descubierto mientras escribía este artículo. El esfuerzo necesario para la escritura, el mayor tiempo de que se dispone para buscar la palabra justa, la cita que conviene, la difícil concatenación de una frase larga llena de oraciones subordinadas, favorecen el pensamiento. La aprehensión, en los que no gozamos del talento cervantino, de la carrocería sintáctica que hace que la unión de las palabras constituya discurso, conduce en ocasiones a revelaciones extáticas, a visiones que no son tan frecuentes en una charla. El consenso no requiere esfuerzo, basta la adhesión a la creencia mayoritaria, al dogma estatal, al mito falsario. El disidente quiere saber, duda porque es libre, piensa porque es incapaz de traicionar al tribunal supremo de su conciencia.

La característica fundamental que distingue a los disidentes es que no están desmoralizados, en toda la extensión del término. La honestidad intelectual les impide aceptar como verdadero lo que saben que es falso, el hábito de su espíritu moral guía su conducta hacia el buen obrar.

Quien se refiere a la situación que vive España con el término pandemia, falso tanto por su etimología como por su significación médica, o justifica, de cualquier modo, las privaciones de derechos que sufre el pueblo español, está haciendo propaganda del Régimen, sea cual fuere su motivación. Hay personas que declaran luchar por la libertad, pero su acción no es acorde con sus verbales manifestaciones, y se someten sin lucha al arbitrio de los tiranos. Su conducta es inmoral.

En España la situación es crítica, los gobiernos no tienen autoridad. Cuanto mayor es la debilidad de quien ostenta un poder, más grande es la violencia que necesita para conservarlo. Cuanto mayor sea la sumisión de los gobernados, peor será el trato recibido. Derribar el mito, destruir el tabú, es el camino que conduce a la libertad de nuestro pueblo. El único poder que podría enfrentarse a la arbitrariedad de la potencia estatal, es la sociedad civil, la Nación, cuando alcance la conciencia de su fuerza al caer en la cuenta de su responsabilidad moral e instinto de la propia supervivencia.

Si desea leer más artículos de colaboradores y asociados al MCRC puede usted encontrarlos en el Diario Español de la República Constitucional:

www.diarioerc.com

Lo compuesto

Por **Antonio García-Trevijano** - La Razón. 30 de abril de 2001

Toda Constitución es un compuesto unitario de diversos elementos políticos. Lo simple, el poder absoluto de un rey o un dictador, no necesita estar constituido formalmente. Su soberanía es única e indivisible. Sólo permite que estén separadas sus funciones. Porque el soberano no admite que su poder sea controlado. Sabe que donde está el control del poder allí está la soberanía. La Revolución inglesa la dividió a fin de quitar a los Reyes la facultad de legislar, y dársela a un Parlamento elegido por el pueblo. La Revolución americana, sin Monarca ni Estado, dividió y separó los poderes coloniales para componerlos en una novísima Constitución. Sin buscarla, halló la democracia representativa. La Revolución francesa se deshizo del Rey, y volvió a reunir todos los poderes en la Convención de diputados elegidos por el pueblo. El comité ejecutivo de este Parlamento tuvo así el mismo tipo de soberanía que los Reyes absolutos. El control del poder, objetivo de la Revolución de la libertad, se consideró ofensivo cuando el pueblo era titular teórico de la soberanía. Y en esa imbecilidad estamos aquí todavía.

La experiencia del sistema parlamentario nos enseñó que sin descomponer el poder unitario del Estado dictatorial; sin separar en su origen la titularidad ejecutiva y legislativa del Estado; sin independencia judicial ante ellas, no hay Constitución real (Schmitt), ni puede haber libertad política (Montesquieu). Como tampoco control del poder, si el órgano legislativo, elegido para controlar, designa al Gobierno y al poder judicial. En tal caso, el partido gobernante reúne en su aparato dirigente todas las funciones de la soberanía popular estatal. Fueron los elegidos por la soberanía popular quienes construyeron el Estado total fascista. Sin salir del orden institucional, la soberanía popular hizo aquí soberano al aparato partidista de la corrupción gubernamental, del crimen de Estado y de la irresponsabilidad judicial. Como el pueblo amorfo y atomizado no puede ejercer la soberanía, para que haya control efectivo del Poder, es decir, una democracia, la constitución ha de componer en orden de igualdad de soberanía los tres poderes estatales, que previamente ha tenido que descomponer y separar.

Todo el secreto de la Constitución está en la clase de compuesto que unifique y en el método seguido para constituirlo. Pues hay distintas clases de combinaciones de poder y diferentes modos de componer un sistema político. Y solamente una de ellas y uno de ellos pueden ser democráticos. ¿Qué clase de combinación de poder realizó la Transición con la Constitución del Estado de Partidos?

Las combinaciones estables de poder son de distinta naturaleza, según el modo de integrarse y de estar integradas las partes

simples en el todo compuesto. Todas las Constituciones combinan tres clases de elementos de poder: monocráticos en el gobierno, aristocráticos en los elegidos y democráticos en los electores. La cuestión de la democracia no está en la necesidad material de esa combinación requerida por la lógica de las funciones, sino en la libertad Constituyente de la fórmula política compuesta.

La combinación será libre composición, como en el arte, si sigue el método compositivo de la libertad política, de abajo arriba. En toda compostura de lugar y de actitud, la ordenación del poder y su control, en un solo compuesto, puede derivar en impostura constitucional. Pues la impostura es inherente a la imposición. Sin embargo, antes de establecer esta conclusión, hay que ver si la Transición siguió el camino de la com-posición de posiciones de poder o el de la com-ponencia de ideas y de intereses, como parece indicar el modo componetivo del consenso. Porque en tal caso, la falta de libertad política no habría sido resultado de una impostura, sino de una componenda constitucional, o de ambas cosas a la vez.

Del fracaso de la voluntad fascista, al triunfo de la noluntad

Todo está a la vista, menos la Libertad

Por **Atanasio Noriega** - 23 de agosto de 2022

Nadie puede negar lo que él mismo ve con sus propios ojos: todo lo que sucede en la res publica está siempre a la vista; no hay lugar a la conspiración ahí, ni para lo oculto y lo secreto. Es indudable que todos pueden vivir como si hubiese democracia. Todo el mundo lo ha visto durante más de cuarenta años de triunfo rotundo de la mentira.

También es indudable que la mayoría puede vivir como si hubiese una epidemia causada por un virus: lo hemos visto todos durante más de dos años, cuando la práctica totalidad de la población hacía el más espantoso de los ridículos llevando unos trapos raros en la cara.

Nadie puede negar, salvo siendo cínico, que en España, bajo la égida de esta monarquía impuesta por un dictador, ha triunfado totalmente el fraude y la estafa, la mendacidad y la frivolidad. Es tan fácil ver y medir la corrupción, que únicamente los más idiotas lo podrían poner en duda.

Nadie puede negar tampoco, que solamente las personas decentes fracasan en su éxito social y que son consideradas tontas por la mentalidad de la mayoría; aquella que se conduce a duras penas, a través del desorden ético causado por la religión del Estado que